



ERNESTO "CHE" GUEVARA EN SU OFICINA DE LA HABANA,
cuando fungía como miembro del gobierno cubano



© Yolanda Colom

MARIO PAYERAS EN LA SIERRA
DE LOS CUCHUMATANES,
primavera de 1974.

ORÍGENES Y DESTINO
DE LAS REVOLUCIONES LATINOAMERICANAS:
ERNESTO “CHE” GUEVARA, MARIO PAYERAS
Y GUATEMALA¹

Julio C. Pinto Soria*

Resumen

El artículo se ocupa con la situación política y social prevaleciente en América Latina después de la Segunda Guerra Mundial hasta los años recientes. Se estudian, en el marco de la Guerra Fría, los movimientos reformistas y los cuestionamientos armados a las estructuras económicas y sociopolíticas prevalecientes, haciéndose especial énfasis en el caso guatemalteco. Se analiza igualmente el papel de los EE.UU. en la lucha contra tales movimientos y en el mantenimiento del statu quo. El período histórico en general se ve como trasfondo del pensamiento y praxis política del Comandante Ernesto “Che” Guevara y del poeta revolucionario Mario Payeras.

Abstract

THE ORIGINS AND DESTINY OF LATIN AMERICAN REVOLUTIONS:
ERNESTO “CHE” GUEVARA, MARIO PAYERAS, AND GUATEMALA

This essay concerns itself with the political and social predicament of Latin America from the end of World War II to the present. In the context of the Cold War, and paying particular attention to the case of Guatemala, reformist movements are looked at along with the question of armed struggle against prevailing economic and sociopolitical structures. The role of the United States in resisting these movements and in maintaining the status quo is also examined. The historical period in general is viewed as pivotal in shaping the political thinking and political activism of *comandante* Ernesto “Che” Guevara and the revolutionary poet Mario Payeras.

* Julio C. Pinto Soria es historiador guatemalteco doctorado de la Universidad de Leipzig. Es autor de varias obras y editor del segundo tomo de la *Historia general de Centroamérica*. Actualmente es investigador en el Centro de Estudios Urbanos y Regionales de la Universidad de San Carlos de Guatemala. Su dirección de correo electrónico es cabracan@ns.concyt.gob.gt.

¹ Este trabajo fue publicado originalmente como parte de la serie Documentos para la Historia, No. 7 de 1997 del Centro de Estudios Urbanos y Regionales (CEUR) de la Universidad de San Carlos. Se presenta aquí una versión modificada y aumentada.

Una ceiba milenaria, en cuya inmensa memoria se hubieran acumulado millones de mariposas, no pesaría tanto sobre el mundo como este hombre abatido en el ojo solitario de su propia tempestad.

(Mario Payeras, sobre la muerte del “Che” Guevara)

En 1997, a treinta años de su muerte, la figura de Ernesto “Che” Guevara, el *guerrillero heroico* latinoamericano de la década de los sesenta, fue evocada a lo largo del continente y más allá de sus fronteras. De origen argentino, en 1954 fue testigo de la caída del gobierno revolucionario del coronel Jacobo Arbenz Guzmán en Guatemala. Escasos cinco años después, era el guerrillero triunfante de la Revolución Cubana, a la par de Fidel Castro, Camilo Cienfuegos y otros. En el transcurrir de pocos años, desde su participación en el derrocamiento de la dictadura de Fulgencio Batista en 1959, hasta su muerte en combate en Bolivia en octubre de 1967, el “Che” Guevara se convertiría en un personaje legendario. Originalmente un símbolo de la revolución latinoamericana, poco después lo sería de todo un movimiento mundial de rebeldía contra el orden establecido.

En Latinoamérica, el pensamiento y ejemplo del “Che” Guevara fueron seguidos por muchos revolucionarios como el camino que podía sacar a sus países del atraso, la miseria y la explotación, lo que iba a la par del sacudimiento del secular control que mantenían los EE.UU. sobre el continente. En este artículo queremos referirnos al pensamiento y praxis política del comandante Guevara, así como al papel desempeñado por los Estados Unidos en el acontecer latinoamericano de las últimas cuatro décadas. Nos interesa también destacar algunas de las repercusiones del pensamiento del “Che” y de su ejemplo sobre Guatemala, principalmente el paralelismo de su vida con la de revolucionarios como Mario Payeras, fallecido en México, en el exilio, a principios de 1995.

Definitivamente la corta estancia del “Che” en Guatemala marcó su vida para siempre. No sólo por el simple hecho de que en este país, cuya población es dada a los apodos y sobrenombres, habría recibido el famoso mote que después lo haría conocido a lo largo del mundo,² sino porque el fracaso arbencista le dejó lecciones cruciales. En primer lugar, que cualquier proyecto de cambio y transformación debía de ser de cara al pueblo y con su total apoyo; pues, de lo contrario, no se trataba de una *revolución de verdad*. Y este es uno de los rasgos característicos de la Revolución Cubana hasta nues-

² Regis Debray y Ricardo Ramírez, *Guatemala, las pruebas de fuego: la crítica de las armas* (Guatemala: Ediciones “Enero 32”, enero de 1977), pág. 9.

tros días: la íntima vinculación entre sus dirigentes y la población. La pasividad con que se enfrentó la intervención estadounidense, de parte del Ejército nacional, pero principalmente de parte de los propios líderes de la izquierda, le dejaron la otra lección de que con el intervencionismo estadounidense no se podía contemporizar, que su política del *garrote* debía ser respondida en los mismos términos, tal y como lo había enseñado Augusto César Sandino dos décadas atrás.

Mario Payeras, poeta y escritor convertido en político revolucionario en las contingencias de nuestro tiempo, comparte con el “Che” una historia de similares características, pues fue uno de los principales dirigentes del movimiento guerrillero guatemalteco que se inicia hacia 1962, a la par del colombiano, en determinados momentos considerado el más importante de Latinoamérica.³ A finales de 1996, con la firma de los Acuerdos de Paz, culmina el conflicto armado en Guatemala, cuyos logros y significados están aún por estudiarse. La trayectoria de Payeras es también todavía poco conocida, esto por las circunstancias de su vida clandestina, pero principalmente por la tradicional característica del país de ignorar a sus verdaderos valores. El velo apenas empieza a romperse con la reciente edición de parte de su obra literaria y política, la cual lo coloca entre los más importantes intelectuales de nuestro tiempo.⁴

La vida del “Che” Guevara y de Payeras presentan evidentes paralelismos, que probablemente van más allá del compartir una misma época e idearios políticos. El “Che” nació en 1928, Payeras en 1940. Les tocó, así, vivir un tiempo marcado por la irracionalidad y pleno de injusticias, contra el cual se rebelaron proponiendo un nuevo orden social, más humano y sin el estigma de la explotación del hombre por el hombre. Crecieron bajo el impacto directo de la hecatombe de la Segunda Guerra Mundial y en la atmósfera agobiante y destructiva de la Guerra Fría que le sucedió, la cual se extendería por casi medio siglo. El “Che” no olvidó nunca el horroroso y asesino bombardeo nuclear de Hiroshima y Nagasaki, en 1945; Payeras los escalofriantes campos de exterminio nazi, especie de museo del terror, que como estudiante tuvo la oportunidad de conocer en la República Democrática Alemana. Posteriormente, en medio de la polarizante Guerra Fría, vivieron la

³ En 1959 existían 15 asesores militares estadounidenses en Guatemala, en 1965 eran ya 34; es decir, de toda Latinoamérica proporcionalmente era el país con mayor número de asesores militares vinculados a la guerra contrainsurgente. Véase Susanne Jonas y David Tobis, *Guatemala: una historia inmediata* (México: Siglo Veintiuno Editores, 1979), pág. 330.

⁴ El CEUR de la Universidad de San Carlos está por publicar un ensayo sobre la obra política y literaria de Mario Payeras.

criminal intervención de Estados Unidos en Vietnam, como también los frustrados intentos de Latinoamérica por escapar al tutelaje estadounidense y el enseñoramiento de sangrientas dictaduras militares, entre otros. Ambos estuvieron igualmente conscientes del absurdo de que mientras millones de seres humanos enfrentan extrema miseria hasta perecer de hambre, pequeños grupos elitistas viven y vegetan en el hartazgo del consumismo característico de nuestra época.

El “Che” y Payeras fueron igualmente intelectuales brillantes. Hicieron de su praxis política motivo de reflexión sobre los problemas del hombre de nuestro tiempo, asumiendo actitudes críticas poco frecuentes en un mundo plegado de cobardía, indiferencia o sumisión ante el estado de las cosas. Inusual igualmente por tratarse de un mundo dominado por dogmatismos y verticalismos políticos, ya que fueron contrarios a una militancia ciega y acrítica, supeditada a formas caudillistas de mando. En realidad, la tradicional forma de hacer política, siempre a espaldas del pueblo. Sus posiciones divergentes frente a ortodoxias, su manera diferente de ver las cosas, las asumieron en forma honesta y pública, tomando la responsabilidad sobre sus actos y proponiendo nuevos caminos que fueron primeros en seguir.

El “Che” y Payeras compartieron un sentido generoso de la vida, de desprendimiento y de predicar con el ejemplo, de saber vivir y morir por las cosas que se creen. Los dos, ante la encrucijada de proponer el socialismo como alternativa para un desarrollo pleno del hombre, no cerraron los ojos ante las deficiencias y aberraciones que presentaba el “socialismo real” imperante, asumiendo frente al mismo una actitud crítica y abierta. Tanto Payeras como el “Che”, permanecieron hasta el final de sus vidas fieles al pensamiento de que se debe construir un nuevo orden social. Se le llame socialismo o de otra manera, pero que represente la negación de las limitaciones y aberraciones del capitalismo, que conocemos sobradamente a través de su dominación en los últimos siglos, pleno de guerras genocidas, barbarie, explotación y discriminación, destructor de los recursos de vida del planeta.

ESTADOS UNIDOS Y LATINOAMÉRICA

La vida y obra del “Che” Guevara y de Mario Payeras están íntimamente vinculadas a la historia latinoamericana de las últimas décadas, la cual en alguna manera sintetizan y simbolizan con su actuar. En las siguientes líneas se busca introducir al lector en ese contexto latinoamericano, en especial sobre el papel político y económico desempeñado por los Estados Unidos que, evidentemente, explica gran parte de nuestra historia reciente. Latinoamérica vivió desde el fin de la Segunda Guerra Mundial una época especial de su historia, en la cual Guatemala escribió un capítulo importante. Los aires libertarios de la lucha contra el fascismo inspiraron movimientos contra

las dictaduras locales, retomándose la batalla por implantar la democracia, el desarrollo y el derecho a la autodeterminación de los pueblos. Los Estados Unidos todavía hacían gala de su política del *buen vecino*, instaurada por Franklin D. Roosevelt a principios de la década de 1930, y no se opusieron de inmediato a los movimientos de renovación nacional, entre los que destacan el peronismo en la Argentina, el varguismo liderado por Getulio Vargas en el Brasil y la Revolución Guatemalteca de 1944.

La indiferencia estadounidense, sin embargo, duró poco tiempo. Los Estados Unidos se habían convertido en la potencia ganadora de la Segunda Guerra Mundial, por su aporte militar, pero sobre todo por la coyuntura favorable que significó el momento histórico para la expansión de su economía. En comparación con Francia e Inglaterra, o con la Unión Soviética que había perdido más de veinte millones de su población, las pérdidas sufridas por los Estados Unidos en la guerra eran significativamente menores. Aparte del bombardeo japonés a la base naval de Pearl Harbor en Hawai, no conocieron, por ejemplo, ninguna confrontación militar en su propio territorio. El saldo total de estadounidenses muertos en el conflicto no pasó del medio millón, exactamente 405,399, según una fuente.⁵

Así, después de la guerra, su poder era cuestionado únicamente por el nuevo sistema socialista, surgido igualmente de la conflagración mundial en los países del este de Europa. En 1947, el presidente Truman (1945–1953) dividió ya el mundo: uno, “libre”, el otro, “comunista o soviético”, cuya influencia según él debía permanecer alejada de las Américas. En esa forma, Estados Unidos encontró en el anticomunismo el pretexto que le permitió combatir y acabar con los movimientos progresistas latinoamericanos y mantener su hegemonía incuestionada, la cual debía alcanzar dimensión mundial. Según un estudio del Consejo de Seguridad Nacional de 1949–1950, los EE.UU. se arrogaban el derecho a imponer el “orden entre las naciones”. El combate al comunismo soviético fue convertido así en una cuestión cuyo resultado equivalía “a la realización o la destrucción, no sólo de esta república, sino de la civilización misma”.⁶ Era la ideología que debía justificar la sobrevivencia y expansión de los Estados Unidos como el imperio de nuestra época.

Autonombrándose el paladín de la lucha contra el comunismo, los Estados Unidos se convirtieron en “defensores” de la democracia en la Latinoamérica. Ellos que hasta entonces habían mantenido precisamente las dictaduras más sangrientas, impuesto a Cuba la enmienda Platt que mediatizaba

⁵ William Appleman, *El imperio como forma de vida* (México: Fondo de Cultura Económica, 1989), pág. 210.

⁶ Appleman, *El imperio*, pág. 11.

su independencia de 1898, a través del control que se arrogaba sobre ella. Es el famoso tiempo de las relaciones entre Latinoamérica y los Estados Unidos, que la historia recogería como la época de la “diplomacia del garrote”. En 1904, el presidente Teodoro Roosevelt (1901–1909) justificaba así la doctrina de Guardián del Orden: “la mala conducta crónica, o la impotencia que resulta en una disolución general de los vínculos de la sociedad civilizada, puede... en el Hemisferio Occidental ...forzar a los Estados Unidos, aún en contra de su voluntad... al ejercicio de un poder de vigilancia internacional”.⁷ En esa función policiaca, entre 1898 y 1919, los Estados Unidos intervinieron, usando fuerza militar, una treintena de veces en los asuntos internos latinoamericanos.

El expansionismo e intervencionismo, principalmente el británico en el siglo XIX y el estadounidense en el XX, se vieron también facilitados por la extrema debilidad de los recién independizados países latinoamericanos. Habían vivido la transición del colonialismo español a la formación de Estados nacionales a partir de bases económicas extremadamente débiles, lo que cobró forma en guerras civiles, inestabilidad política y creciente predominio del poder de fuerzas oligárquicas. El territorio del Istmo es especialmente ilustrativo de tales procesos, con el desmoronamiento de la República Federal de Centroamérica hacia 1840, y el surgimiento de los cinco países del área, donde asumieron el poder caudillos representativos de intereses latifundistas, más interesados en la expansión de sus bienes territoriales que en la formación de verdaderas identidades y sentimientos de carácter nacional. Estos grupos serán la espina dorsal de las economías agroexportadoras que vincularán al país con el mercado exterior, como fue el caso del café y las bananeras en Guatemala, bajo creciente control alemán y estadounidense respectivamente. Las oligarquías agroexportadoras locales serán base y principal aliado del intervencionismo y expansionismo estadounidense a lo largo del siglo XX.

Las ambiciones territoriales de las oligarquías latinoamericanas repercutían en guerras civiles y enfrentamientos intestinos. Su voraz explotación de la población llevó muchas veces al estallido social, lo que proporcionaba el pretexto para el intervencionismo estadounidense. El hecho se justificaba con el mantenimiento del orden. Pero se trataba de salvaguardar sus intereses económicos y políticos sosteniendo gobiernos afines, de mantener su posición de gran potencia frente al rival inglés a lo largo del siglo XIX, hasta los recientes años de la Guerra Fría frente al bloque de países socialistas. Como en el caso de la República Dominicana con Rafael Leónidas Trujillo (1930–1961) o en Guatemala con Estrada Cabrera (1898–1920) y Jorge Ubico (1931–1944),

⁷ Appleman, *El imperio*, pág. 158.

con el apoyo de los grupos elitistas locales, los EE.UU. habían sostenido dictaduras que le aseguraban la “paz social” al imperio, el campo propicio para que pudieran crecer y desenvolverse sus monopolios a lo largo del continente.

En esa dinámica de “orden” interno y dependencia externa, los ejércitos locales jugarían un papel determinante. Sobre las funciones del ejército guatemalteco en los inicios del siglo XX, señalaba un manual militar:

El gobierno pues es el administrador de la nación. Sin ejército que apoye sus medidas, que mantenga la paz y el orden y que haga respetar sus órdenes, el gobierno no podía dedicarse tranquilo a su magna y variada labor; el progreso no se realizaría nunca... Las guerras civiles, las revueltas intestinas, son las que más daño causan a los países, por eso el militar, a la menor sospecha de que el orden va a alterarse, acudirá presuroso a rodear al gobierno para salvar las situaciones difíciles y debelar toda revolución, cuando comienza, sin dejarla que tome incremento y que pueda arruinar al país.⁸

Por su importancia estratégica, el Caribe y Centroamérica había sido principal escenario del intervencionismo estadounidense. Nicaragua sufrió, por ejemplo, varias ocupaciones en la primera mitad del siglo, en 1909 y otras más entre 1912 y 1933. Ello dio lugar a la gesta patriótica de Sandino y a su asesinato en 1934, en contubernio con las fuerzas oscurantistas de la oligarquía local de los Somoza, quienes velarían por los intereses estadounidenses hasta el triunfo de la Revolución Sandinista de 1979. En 1905 y 1919, la República Dominicana fue también ocupada por los Estados Unidos, asumiendo en la última fecha el gobierno directo a lo largo de ocho años. En 1915 intervinieron en Haití, administrando la Isla como protectorado estadounidense hasta 1933. Una de sus tantas represiones sangrientas le costó al pueblo haitiano cerca de tres mil muertos. Motivo especial de su intervencionismo y enfrentamiento con los ingleses, había sido la construcción de un canal interoceánico; objetivo que alcanzó finalmente hacia principios de este siglo. En componendas con la oligarquía local, se logró la separación de Panamá de Colombia el 4 de noviembre de 1903. Días después, Estados Unidos obtenía derechos a perpetuidad sobre la Zona del Canal. De esa fecha hasta 1914, cuando empieza funcionar el Canal, los *marines* estadounidenses permanecieron en el Istmo casi ininterrumpidamente.

⁸ Héctor Alejandro Gramajo Morales, *De la guerra... a la guerra: la difícil transición política en Guatemala* (Guatemala: Fondo de Cultura Editorial, 1995), citando al teniente coronel Adolfo García Aguilar, *Moral y educación militares*, 2ª edición. (Guatemala: Editorial del Ejército, 1974), págs. 16–22.

Desde la independencia latinoamericana los Estados Unidos habían mostrado su vocación imperialista frente al Caribe y demás territorios situados al sur. Amparados en la doctrina del “Destino Manifiesto”, la que supuestamente los predestinaba a extender su hegemonía sobre todo el hemisferio occidental, hacia mediados del siglo le usurparon a México cerca de la mitad de su territorio. Cuba fue siempre especialmente codiciada, debido a su vecindad con los Estados Unidos y por su posición geográfica respecto del Golfo de México y el Atlántico, punto considerado clave para el control de los mercados del mundo. Ya en 1805, el presidente Jefferson (1801–1809) expresó que, más tarde o más temprano, su país debía tener el control sobre la Isla.⁹ Así se explica que se opusieran al proyecto bolivariano de 1825–1826 de liberarla del yugo español, porque les convenía más que se mantuviera en su estatus colonial, mientras llegaba el momento de que fuera suya, como realmente sucedió después de la guerra anglo española de 1898.

Desde décadas atrás los patriotas cubanos venían combatiendo por la independencia, en uno de cuyos enfrentamientos perdiera la vida José Martí en 1895. Hacia 1898, la batalla la tenían virtualmente ganada. Sin embargo, oportunamente los Estados Unidos intervinieron en el conflicto, derrotando a España. Como fruto de ello, obtuvieron el dominio sobre Puerto Rico, Hawai y las Islas Filipinas, lo que les permitía el control del Caribe y el acceso a los ricos mercados del Asia, especialmente a la China. Trato entre colonialistas, por la cesión de las Filipinas, España recibió veinte millones de dólares, Puerto Rico fue considerado por los EE.UU. como simple “botín de guerra”. Posteriormente, los patriotas cubanos y filipinos fueron duramente reprimidos por las fuerzas de ocupación estadounidenses. Fue así como se le impuso a Cuba la enmienda Platt, estableciéndose en su territorio la base militar de Guantánamo, afrenta que hasta hoy soporta el pueblo cubano.

El capitalismo mundial y los Estados Unidos, con una economía pujante después de la guerra civil de 1861–1865, entraban en su fase imperialista, en la feroz lucha por el reparto del mundo, por el control de mercados y esferas de influencia. Producto de ese forcejeo, pocos años después estallaba la Primera Guerra Mundial. No fue extraño, entonces, que en su ideario libertario José Martí incluyera reivindicaciones sociales contra el capitalismo y el imperialismo, ideario que inspirará más tarde a la Revolución Cubana liderada por Fidel Castro. Inteligente observador de su tiempo con el nacimiento del imperialismo como tendencia predominante, Martí advirtió sobre el peligro de que la vieja dominación española viniera a ser sustituida por la estadounidense, tal y como realmente sucedió.

⁹ Demetrio Boesner, *Relaciones internacionales de Latinoamérica* (Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 1980), pág. 65. La mayor parte de la información histórica sobre las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica la obtuvimos de esta obra.

Esa era la situación en que se encontraba Latinoamérica frente a los Estados Unidos hacia el fin de la Segunda Guerra Mundial. Su evolución como conglomerado de estados y naciones, sus particularidades políticas, económicas y sociales, estaban estrechamente vinculadas con ese país. Lógicamente, cualquier proyecto reformista nacional que quisiera cambiar seriamente tal situación, tenía que tropezar con los intereses estadounidenses, principalmente en el caso de Cuba, pero también en el de Guatemala.

EL CASO DE GUATEMALA

En 1947 se encontraba plenamente instaurada la Guerra Fría. En 1948 se suscribió el Pacto de Bogotá, que daría origen a la Organización de Estados Americanos (OEA), verdadero ministerio de colonias de los intereses hegemónicos estadounidenses. Un año antes, se había creado el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), el cual fue considerado por los EE.UU. “como parte de su aparato estratégico anticomunista: lo que sería la OTAN para unir a Norteamérica y Europa occidental contra el campo soviético, el TIAR lo sería ...para el hemisferio occidental”.¹⁰ En el establecimiento de relaciones de vasallaje entre los Estados Unidos y Latinoamérica, México permanecerá como la oveja negra, fiel a su política de no intervención y autodeterminación de los pueblos, originada con la Revolución de 1910. Canadá, en cuanto a su política exterior, también asumió una posición de no intervención.

Juan José Arévalo, primer presidente de la Revolución Guatemalteca, vivió ya ese clima de Guerra Fría y hostigamiento de los Estados Unidos. Enfrentó más de veinte conspiraciones donde estaba involucrado un embajador suyo, Richard C. Patterson, quien ante la amenaza de Arévalo de ser declarado persona *non grata*,¹¹ fue finalmente retirado de Guatemala a principios de 1950. El coronel Jacobo Arbenz Guzmán, uno de los principales dirigentes de la Revolución de 1944, asumió la presidencia en 1951, con el total apoyo del voto popular, pero en medio de un clima de intensa Guerra Fría, agudizado en 1952 por el conflicto de Corea. Uno de los primeros actos de Arbenz, dentro de una nueva política independiente frente a presiones

¹⁰ Boesner, *Relaciones internacionales*, pág. 255.

¹¹ A mediados de 1951, a su paso por Cuba, Arévalo se mostró orgulloso de su antiimperialismo: “Mi figura política era allá muy apreciada porque me envolvía un resplandor de ‘revolucionario’. Este concepto, para los cubanos, estaba centrado en el hecho de haber sido yo el único presidente latinoamericano que se había atrevido a declarar ‘non grato’ a un embajador de los Estados Unidos de América. Y me lo decían a gritos en las calles!” Juan José Arévalo, *Escritos complementarios* (Guatemala: Cenaltex, Ministerio de Educación, 1988), pág. 377.

externas, fue oponerse al envío de tropas a Corea, coincidiendo con México, país que tampoco había aceptado la presión estadounidense de romper relaciones con la Unión Soviética.¹²



© Fototeca Guatemala, CIRMA

JUAN JOSÉ ARÉVALO EN CAMPAÑA, 1944

Guatemala simplemente intentaba un nuevo camino, cumplir con las promesas de la Revolución de Octubre, implantar la democracia y el bienestar social para su población, ejercer definitivamente sus derechos como país soberano e independiente. En lo primero, se consideró importante implantar una reforma agraria que permitiera el desarrollo del capitalismo, frenar el latifundismo parasitario e improductivo impuesto desde la conquista española y reforzado con el movimiento liberal de 1871. Se trataba, en realidad, de una reforma agraria moderada, con un proceso de expropiación bastante complicado, que indemnizaba plenamente al afectado. Otros cambios complementaban esa política social reformista: un Código de Trabajo que implanta-

¹² Josefina Vázquez Zoraida, *México frente a Estados Unidos: un ensayo histórico (1776-1993)* (México: Fondo de Cultura Económica, 1995).

ba la jornada laboral de ocho horas, servicio de salud para toda la población y prestaciones a sectores como el magisterio, entre otros.¹³



© Fototeca Guatemala, CIRMA

JACOBO ÁRBENZ (derecha) CON GUILLERMO TORIELLO, 1954
Colección Taracena

En dos palabras, modernizar y democratizar el país, con medidas políticas y sociales vigentes por largo tiempo en otros lugares. Estas eran también las reivindicaciones de un empresariado progresista que, como había sucedido con sectores del Ejército, le había dado su apoyo al proceso revolucionario de octubre. Con las diferencias del caso, eran las mismas fuerzas sociales que impulsaron los otros movimientos reformistas de Latinoamérica. Pero, al igual que ellos, en Guatemala la miopía política y los oscurantismos profundos tuvieron como efecto que se le diera la espalda al pueblo, que se desistiera del proyecto de crear la nación moderna y democrática. Ello, en el apego a viejas estructuras y privilegios, al parasitismo a que había dado lugar una política

¹³ Eduardo Antonio Velásquez Carrera, compilador, *La Revolución de Octubre: diez años de lucha por la democracia en Guatemala, 1944-1954*, 2 tomos (Guatemala: CEUR, Universidad de San Carlos, 1994).

secular de entrega del país a intereses económicos y políticos externos. Así, en general, el latifundista y empresario guatemalteco continuarán caracterizándose como bastiones de nefastas dictaduras, como la de Jorge Ubico (1931–1944) o la de Romeo Lucas García (1978–1982), siempre representativas de una casta latifundista que ha dispuesto a su antojo del país y de su gente. Arévalo había rescatado entre los logros de la Revolución de Octubre haber terminado con tal reinado.¹⁴ Sin embargo, no mucho tiempo después, en los marcos de la lucha contrainsurgente de los años sesenta, el Estado guatemalteco le devolvería al finquero sus antiguas potestades como delegado del poder.¹⁵

Algo similar sucedió con el Ejército, pues, al final, le dio igualmente la espalda al pueblo. Al tolerar la invasión mercenaria, cometió un acto de traición frente al país, aceptando las presiones estadounidenses para obligar a Arbenz a deponer el poder, para el que había sido electo popularmente. Pero, en contrapartida, también destaca la constante de jóvenes oficiales en lucha por rescatar la dignidad de la institución, por devolverle el espíritu progresista y popular de Octubre. Ese fue el caso del Movimiento de los Cadetes del 2 de agosto de 1954 contra las fuerzas mercenarias de Castillo Armas y del levantamiento del 13 de noviembre de 1960. Militares jóvenes que dejaron la vida por la dignidad de la nación, por crear la nueva Guatemala, cuyos nombres también registra la historia: Marco Antonio Yon Sosa, Luis Turcios Lima, Luis Trejo Esquivel, Rodolfo Chacón, Alejandro de León, Zenón Reina, Emilio Eva Zaldivar, Augusto Loarca. Posteriormente, Turcios Lima, Yon Sosa, junto a otros, asumieron una actitud más radical en su cuestionamiento al orden de cosas, dando vida hacia 1962 al movimiento guerrillero guatemalteco, de una de cuyas organizaciones, el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP), sería cofundador y militante Mario Payeras.

La Revolución del 20 de Octubre de 1944 fue netamente nacionalista y de vocación democrática. Sin embargo, los Estados Unidos la vieron de manera diferente, y Guatemala, uno de los países más pobres y atrasados de Latinoamérica, en un clima de aberrante Guerra Fría, fue convertida en una amenaza para el imperio, en casi “una tercera potencia mundial”, comentaría Arévalo con ironía.¹⁶ Pues, con toda su pequeñez, Guatemala sacaba a la

¹⁴ “Desaparecería el ‘derecho de matar’ que Ubico había reconocido a los dueños de empresas agrícolas e industriales”. Arévalo, *Escritos*, pág. 377.

¹⁵ Michael McClintock, *The American Connection*, tomo II: *State Terror and Popular Resistance in Guatemala* (London: Zed Books, 1985), pág. 23.

¹⁶ Arévalo comenta el histerismo estadounidense contra Guatemala: “La prensa parisiense se ocupaba con demasiada frecuencia de Guatemala. Le servía de motivo la cadena de cablegramas procedentes de Estados Unidos de América que enjuiciaban ásperamente al presidente Arbenz. Esto daba a entender que la paz del mundo dependía

superficie hechos graves y serios para el funcionamiento de un sistema de control de carácter mundial. Cuestionaba y desechaba la función que se le asignaba en un esquema de dominación económica, que venía por lo menos desde la Independencia, y que los Estados Unidos habían llevado a la perfección como principal usufructuario de sus beneficios. El simple hecho de ejercer el derecho a su soberanía, de intentar un desarrollo económico nacional independiente, convertía a Guatemala en peligroso ejemplo que tocaba un punto neurálgico de los intereses políticos y económicos del imperio. En el caso de la United Fruit Company (UFCO) se debía evitar un precedente que resultaba peligroso a lo largo del continente,¹⁷ y por el mantenimiento del control sobre un territorio considerado siempre estratégico por su posición geográfica respecto de los dos océanos.

Los nuevos gobernantes estadounidenses que asumieron el poder en 1953, Dwight Eisenhower y Richard Nixon como vice-presidente (1953–1961), eran partidarios ardientes de sistemas dictatoriales para la Latinoamérica. Los hermanos Dulles, Allan Welsh como director de la CIA y John Foster, Secretario de Estado, años atrás también abogado de la UFCO, tuvieron una responsabilidad especial y directa en la organización de *la operación Guatemala*, es decir, de la invasión mercenaria de 1954.¹⁸ Ellos crearon a Castillo Armas para encabezarla, a quien poco después la Columbia University de Nueva York le otorgaría el título de doctor *Honoris causa* y cuyo asesinato por la misma derecha latinoamericana en 1957, fue considerado por Eisenhower como una “gran pérdida para el mundo libre”.

La intervención estadounidense se consumó en 1954, después de que Guatemala fuera condenada en la X Conferencia Interamericana de Caracas. Su canciller Guillermo Torriello, uno de los principales líderes de la Revolución Guatemalteca, trató infructuosamente de detener el vergonzoso hecho. Por su denuncia valiente, por su dignidad y entereza, Torriello pasaría a los

de la posición de Guatemala: o con Rusia o con los Estados Unidos de América. Habíamos pasado a ser casi, casi, una tercera potencia mundial... Pero en el fondo eran los preparativos para justificar una invasión promovida por la United Fruit Company y por la CIA”. Arévalo, *Escritos*, pág. 21.

¹⁷ Lo dice claramente Arbenz en su texto de renuncia de 1954: “Han tomado el pretexto del comunismo. La verdad es muy otra. La verdad hay que buscarla en los intereses financieros de la Compañía Frutera y en los de los otros monopolios estadounidenses que han invertido grandes sumas de capitales en Latinoamérica, temiendo que el ejemplo de Guatemala se propague a los hermanos países latinoamericanos”. Francisco Villagrán Kramer, *Biografía política de Guatemala: los pactos políticos de 1944–1970* (Guatemala y San José, Costa Rica: FLACSO, 1993), pág. 158.

¹⁸ Jonas y Tobis, *Guatemala*, pág. 116.

anales de la historia latinoamericana como el “Canciller de la Dignidad”. Con el mismo pretexto del comunismo, en 1953 tropas inglesas habían desembarcado en La Guayana, suspendiendo la constitución y derrocando al Primer Ministro Cheddi Jagan, quien había sido electo popularmente. Para Latinoamérica, y en especial para Guatemala, vendrían tiempos oscuros de represión y persecución política.

LATINOAMÉRICA DESPUÉS DE 1954

Con la caída de la Revolución Guatemalteca fueron desapareciendo uno a uno también los otros gobiernos progresistas nacidos al calor de la coyuntura que se había presentado con la derrota del fascismo. Mediatizada por sus propias contradicciones, la Revolución Boliviana había dejado de ser una amenaza en 1953. En agosto de 1954, acosado por las fuerzas reaccionarias de su país, Getulio Vargas se suicida en el Brasil. En 1955, cae Juan Domingo Perón en la Argentina. A pesar de todas las ambigüedades del peronismo, desde su exilio en México el “Che” llegó a deplorar su caída “la ovejita gris pálida”, que en su rebeldía se había apartado del camino de vasallaje de los otros países latinoamericanos. Pues la Argentina, junto con México, habían sido los únicos en oponerse a los dictados de Washington en la Conferencia de Caracas contra Guatemala.

Sin embargo escasos años después, hacia 1960, con el triunfo de la Revolución Cubana los Estados Unidos vieron de nuevo seriamente amenazada su hegemonía en el hemisferio. En 1957 y 1958 habían caído las tenebrosas dictaduras de Rojas Pinilla en Colombia y la de Pérez Jiménez en Venezuela. Parecía formarse nuevamente un frente para combatir el secular hegemonismo estadounidense sobre la Latinoamérica. El espíritu antiestadounidense lo vivió personalmente Richard Nixon en su viaje a la América del Sur de inicios de 1958, cuando fue abucheado y apedreado por grandes multitudes en las ciudades de Caracas, Lima y Buenos Aires.

En esas circunstancias, los Estados Unidos intensificaron su presión sobre Cuba revolucionaria, buscando resolver las cosas como lo habían hecho en Guatemala años atrás. Desde enero de 1961 habían roto ya relaciones diplomáticas con Cuba, ejemplo que siguió servilmente la mayoría de gobiernos latinoamericanos. Entre febrero y agosto de 1962, a dos meses de la crisis de los misiles soviéticos, Cuba vivió más de 700 actos de sabotaje que le costaron vidas humanas y pérdidas materiales. De todos modos, el imperialismo estadounidense encontró aquí la horma de su zapato, pues se estrelló ante la fuerza de la Revolución Cubana, sostenida por su pueblo, como había resistido la Revolución Mexicana de los inicios del siglo, de otro contexto y condiciones, pero también nacionalista y popular y que había inspirado a los revolucionarios de Latinoamérica.

En 1961 había sido derrotada la invasión mercenaria de Bahía Cochinos, para cuya organización se prestaron el gobierno de Ydígoras Fuentes en Guatemala y la dictadura somocista de Nicaragua, con el respectivo respaldo de los grupos dominantes locales. Ante la presión y hostigamiento estadounidense, Cuba se fue radicalizando y se planteó como meta de desarrollo la vía socialista. Se radicalizaba, sobre todo, ante el cumplimiento de las promesas hechas al pueblo, de hacer los cambios estructurales, la reforma agraria, de implantar la política de nacionalizaciones, el ajusticiamiento de los esbirros batistianos que se habían ensañado con el pueblo. Es decir, se llevaba a cabo toda esa política reformista, cuya realización había fracasado hasta entonces en Bolivia, la Argentina, el Brasil y Guatemala.

El “Che”, a su paso por Guatemala había sacado ya sus propias lecciones, de que una revolución, si quiere ser auténtica, no podía hacerse sin el apoyo del pueblo, y mucho menos a espaldas de los Estados Unidos, como se lo hizo ver a un combatiente durante la lucha contra la dictadura de Batista: “¿Así que tú crees que podemos hacer una revolución a espaldas de los americanos? Las revoluciones verdaderas hay que hacerlas desde el primer momento y que todo el mundo sepa cómo son, porque hay que ganarnos al pueblo. Una revolución de verdad no se puede disfrazar”.¹⁹ En 1954, frente a la agresión que vivía Guatemala de parte de Estados Unidos, también había sostenido: “Es hora de que el garrote conteste al garrote. Si hay que morir que sea como Sandino”.²⁰ Una forma de pensar a la que permanecería fiel por el resto de su vida.

Fracasado el intento de la invasión mercenaria de principios de 1961, con la crisis de los misiles de octubre de 1962 se obligó al menos a los Estados Unidos a desistir de futuras intervenciones. Habían exagerado la cuestión de los misiles para justificar una invasión total sobre Cuba, la que se tenía cuidadosamente preparada. Los misiles eran armas defensivas, del mismo carácter de las estadounidenses mantenidas en la base naval de Turquía, en la vecindad soviética. De espaldas a Cuba, se llegó a un arreglo entre las dos superpotencias, lo que ponía en evidencia, en ambos lados, una pugna de intereses geopolíticos. Para los Estados Unidos, la crisis de los misiles constituyó una prueba de su poderío de la que salió airoso, como lo señaló orgullosamente el entonces Secretario de Estado Dean Rusk: “Sostuvimos frente a frente la

¹⁹ Paco Ignacio Taibo II, *Ernesto Guevara también conocido como el Che* (México: Grupo Editorial Planeta, 1996), pág. 271. Buena parte de datos sobre la vida del “Che” los extractamos de esta biografía. Véase también Ernesto “Che” Guevara, *Obras: 1957-1967*, 2 tomos (La Habana, Cuba: Casa de Las Américas, 1970).

²⁰ Taibo II, *Ernesto Guevara*, pág. 73.

mirada, y el otro parpadeó”.²¹ Pero la política de hostigamiento y aislamiento frente a Cuba, tuvo el efecto de obligarla a estrechar cada vez más sus relaciones con la URSS, algo que deploró después el “Che”, pues el apoyo y la ayuda del aliado nunca fue la más eficaz y sólo creaba lazos de dependencia, contra los cuales luchaba precisamente la Revolución Cubana.

En contrapartida a la promesa de la no intervención directa, los Estados Unidos endurecieron el bloqueo y la CIA intensificó sus intentos de eliminar a los líderes de la Revolución, principalmente a Fidel Castro y al “Che” Guevara, a quien le seguía los pasos desde su estancia en Guatemala en 1954. Se recurrió sobre todo a la vieja política del bloqueo y el aislamiento, tal y como se había practicado con la Revolución Mexicana, al ofrecimiento de ayuda material a las *ovejas sumisas*, política que siempre había estrechado los lazos de dependencia y promovido las corruptelas de dictadores. Kennedy lleva a cabo así la “Alianza para el Progreso” a finales de 1961, una ayuda condicionada a no ser utilizada para el cambio estructural en favor del propio desarrollo, como reformas agrarias o políticas nacionalistas que afectaran los intereses de las transnacionales. Hoy, a casi cuarenta años, sabemos que tal ayuda no tuvo el menor impacto en el desarrollo latinoamericano, pero sí consolidó a los gobiernos de turno, que debían coadyuvar al estrangulamiento de la Revolución Cubana.

El mismo año de 1962, en la conferencia de Punta del Este en el Uruguay, Cuba fue aislada definitivamente del resto de la Latinoamérica. La intransigencia estadounidense de no permitir países rebeldes en lo que consideraba su esfera natural de influencia, provocó una radicalización continental. Por un lado, la Revolución Cubana con su ideario de justicia social y autodeterminación de los pueblos. Por el otro, el dominio de gobiernos militares sangrientos como los implantados en Guatemala. Ello en los postulados de la Doctrina de Seguridad Nacional, para la cual los gobiernos militares constituían la única alternativa para combatir el comunismo, tal y como lo expresó Allan Dulles, el director de la CIA que había promovido la caída de Arbenz: “los países que más resisten a la subversión comunista son aquellos en que los militares están en el poder”.²² En medio de esa polarización, el

²¹ Appleman, *El imperio*, pág. 27.

²² Jonas y Tobis, *Guatemala*, pág. 117. “La doctrina norteamericana, diseñada para contrarrestar la amenaza comunista en el Tercer Mundo, está teñida de opiniones contrarias al predominio de los civiles en la política y al gobierno de tipo democrático. Esta tendencia..., presentó la teoría de la ‘construcción nacional’ como ayuda, o sustituto, para regímenes que, como los democráticos, eran considerados débiles o no operativos, tanto para contrarrestar el comunismo cuanto para consolidar el poder nacional... La [doctrina de seguridad nacional] supone, en esencia, una participación permanente de los militares

“Che”, que todavía participó como representante cubano en la Conferencia de Punta del Este, emerge ya entonces como líder de una revolución latinoamericana que lucha por la justicia social y la soberanía, ideales por cuya realización dejará la vida años después en Bolivia.

En un clima de Guerra Fría, de feroz anticomunismo que encabezaban y promovían los Estados Unidos, se endureció el contexto latinoamericano a través de la implantación de dictaduras militares. Al mismo tiempo que se reprimía brutalmente cualquier protesta social bajo el pretexto del anticomunismo, todos los países de Latinoamérica —de nuevo con la excepción mexicana— se plegaron a la vergonzosa política de hostigamiento y aislamiento hacia Cuba, del criminal embargo estadounidense que perdura hasta nuestros días. A pesar de ello, en medio de grandes limitaciones y sufrimientos para su pueblo, la Revolución Cubana rompía finalmente con la tradición de omnipotencia del poder estadounidense, que un día hizo afirmar a un cercano consejero de Franklin D. Roosevelt que “Ningún gobierno en el hemisferio occidental puede sobrevivir por un período prolongado sin el reconocimiento de los Estados Unidos”.²³

Cuando la política de gobiernos títeres no fue suficiente, los Estados Unidos recurrieron a la invasión directa, como en los peores años de la política del garrote de principios del siglo. Ese fue el caso de la República Dominicana en 1965, año en que tropas estadounidenses desalojaron la Junta Revolucionaria dirigida por el Coronel Francisco Caamaño Deñó, después de reprimir brutalmente al pueblo dominicano. Algo similar a lo sucedido en 1964 en Panamá, cuando corrió la sangre de estudiantes patriotas que simbólicamente habían izado la bandera panameña en la Zona del Canal. Como se dijo, en 1961, bajo la presión de sectores conservadores, Janio Quadros tuvo que renunciar a la presidencia en el Brasil, y su sustituto, João Goulart fue un mandatario que ostentaba una posición nacional antiimperialista, que había condecorado a los altos dirigentes de la Revolución Cubana en 1961 y apoyado en su lucha por la autodeterminación de los pueblos. En 1964, a través de un golpe militar, Goulart fue también obligado a abandonar el poder, exiliándose en el Uruguay. En igual forma fue derrocado Frondizi en la Argentina, quien se había acercado al “Che” Guevara y reunido con él después de Punta del Este, buscando caminos para evitar que se cumpliera la política estadounidense del rompimiento total entre Cuba y el resto de la

en el control del aparato político-estatal”. Jorge Tapia Valdés, “La Doctrina de Seguridad Nacional y el rol político de las fuerzas armadas”, en *Nueva Sociedad* 47 (Caracas, marzo/abril 1980), págs. 26–27.

²³ Appleman, *El imperio*, pág. 193.

Latinoamérica. A finales de 1964, un golpe militar sangriento, encabezado por los generales Barrientos y Ovando, puso definitivamente fin a lo poco que quedaba de la revolución democrática boliviana de 1952.

En ese contexto, ocurre en Guatemala en 1963 el golpe militar encabezado por el coronel Enrique Peralta Azurdia, el primero de Latinoamérica en justificarse en la lucha abierta contra el comunismo. Se completó así lo iniciado con la intervención estadounidense de 1954, pues se prohibió definitivamente cualquier tipo de organización democrática, restableciéndose las instituciones de carácter autoritario que habían dado lugar a la Revolución de Octubre de 1944. Arbenz había renunciado en 1954 con el fin de quitarle pretextos a la invasión estadounidense, de ahorrar vidas humanas, confiando en que el militar que le sucedía en la presidencia respetaría la democracia y las conquistas de Octubre: “Un gobierno distinto al mío, pero inspirado siempre en la Revolución de Octubre, es preferible a veinte años de tiranía fascista sangrienta bajo el poder de las bandas que ha traído Castillo Armas al país”.²⁴ Arbenz murió en México a principios de 1971 y en el hecho no se descarta la mano siniestra de la CIA. Al momento de su muerte Guatemala vivía una de las peores embestidas del terror anticomunista que arrasó millares de vidas y, sin duda, se dio cuenta que su sacrificio fue en vano. Así, a partir 1954, pero especialmente después del golpe de Peralta Azurdia, se enseñoreó de Guatemala el peor régimen de terror que haya conocido en su historia, del que recién se empieza a salir con la firma de la paz de finales de 1996.

En 1970 da inicio el proyecto chileno de transición pacífica al socialismo, por la vía de las elecciones. Sin embargo, la elección popular de Salvador Allende fue catalogada por el embajador estadounidense como: “una dolorosa derrota” para los Estados Unidos, que era como un anuncio de la posición que adoptaría su país. Gobernaba Richard Nixon y, en paranoia anticomunista, el nuevo gobierno chileno fue calificado de inmediato como enemigo de los EE.UU., simple instrumento de intereses soviéticos. Así planteadas las cosas, la oligarquía local y las transnacionales crearon un anillo que debía asfixiar el intento reformista del hermano país.

Como en el caso cubano, Chile fue víctima de un bloqueo general y sistemático de parte de los Estados Unidos, en contubernio con las fuerzas locales más reaccionarias, saboteándose la venta de sus productos en los mercados tradicionales, como sucedió especialmente con el cobre. Henry Kissinger, Secretario de Estado de Nixon, justificó cínicamente la participación estadounidense en la caída del popularmente electo presidente Salvador Allende:

²⁴ El texto de la renuncia de Arbenz está en Villagrán Kramer, *Biografía política*, págs. 157–161.

“Yo no veo por qué tenemos que apartarnos y permitir que un país se vuelva comunista a causa de la irresponsabilidad de su propio pueblo”.²⁵ Aleccionados especialmente por la experiencia guatemalteca, los cubanos al hacer su revolución, como se dice popularmente, se habían curado en salud disolviendo las viejas fuerzas armadas, a partir de las cuales el general Augusto Pinochet dio su sangriento golpe militar de 1973, que culminó con la muerte del propio presidente Salvador Allende.²⁶

Las luchas políticas y frustraciones son situaciones dramáticas que parecieran repetirse a lo largo de la historia latinoamericana. Así como la pugna entre fuerzas que defienden el statu quo y aquellas que buscan el cambio, la renovación social y la consolidación de la soberanía nacional. Conflicto en el cual, con mayor o menor peso, siempre han tenido un papel los intereses externos, en especial los de los Estados Unidos. Juan Manuel de Rosas en la Argentina es un ejemplo. Hacia 1850, en lucha por la implantación de un proyecto de contenido nacionalista para su país, fue finalmente expulsado del poder, teniendo que abandonar la Argentina subrepticamente en un barco británico. Por iguales motivos y en similares circunstancias, un siglo después, Juan Domingo Perón se veía obligado a dejar la presidencia. A finales del siglo pasado, al igual que Allende en 1973, el presidente chileno José Manuel Balmaceda fue empujado al suicidio, después del infructuoso intento por la imposición de un proyecto de reformas de carácter nacionalista.

Cuba revolucionaria también trae a la mente la historia del Paraguay del siglo XIX. De 1814 a 1870, hizo el intento por crear un propio país, alfabetizándolo y buscando el bienestar material para su población, con propias pautas de desarrollo e identidad histórica. Pero, por sus grandes riquezas y posición geográfica, el Paraguay fue constantemente acosado por intereses externos. En 1870, en una alianza entre el Brasil, la Argentina y el Uruguay, con el poderoso apoyo del imperialismo comercial inglés, el Paraguay fue prácticamente destrozado en una atroz guerra, donde la mitad de su población sucumbió combatiendo. En otras palabras, un continente con una historia trágica, que pareciera hoy reflejarse en la estabilidad y pujanza del vecino estadounidense, repercute fatal y brutalmente en vasallaje político y dictadura, injusticia social, miseria y atraso económico para la Latinoamérica.

Más de medio siglo de historia y los Estados Unidos parecieran estar confirmados en su papel hegemónico a nivel mundial, en su función de gendar-

²⁵ Appleman, *El imperio*, pág. 12.

²⁶ Los hechos relacionados con la aprensión durante 1998 en Inglaterra de Pinochet y la solicitud de extradición del ex mandatario a España, para ser juzgado, dan un nuevo giro histórico a la vida de este personaje (nota de los editores).

mes del planeta. En lo referente a Centroamérica, combatieron hasta el último momento a la Revolución Sandinista de Nicaragua apoyando militarmente a la contrarrevolución. En el caso guatemalteco, como en el salvadoreño, sólo aceptaron una salida negociada del conflicto armado ante la presión de la opinión internacional. En 1994, intervinieron en Haití para reinstalar en el poder al presidente Aristides, a quien ellos mismos habían depuesto apoyando un golpe de estado en su contra. La intervención, como en los viejos tiempos, se justificó con el pretexto de restablecer el orden y porque era una forma de frenar el flujo migratorio de ese país hacia los Estados Unidos.

Terminada la “amenaza comunista” con el derrumbe del socialismo real, el pretexto para la intervención en los asuntos internos de otros países lo aporta ahora la lucha contra el terrorismo, el narcotráfico, etc. Así se intervino en Panamá en 1989, pisoteando todo tipo de acuerdos internacionales. Después de masacrar a población civil, el presidente del país, el general Noriega, fue depuesto y llevado ante la justicia estadounidense. Evidentemente un acto de prepotencia, de arrogancia del imperio estadounidense, de total irrespeto frente a otros países. El pretexto es combatir un mundo podrido en el que ellos mismos viven y lo fomentan. El depuesto presidente esbirro de Panamá era por ejemplo obra suya, un antiguo agente de la CIA. El narcotráfico, por otro lado, tiene su principal origen en el mercado de consumo estadounidense. Según cifras de la década de los ochenta, la demanda anual de drogas del mercado estadounidense equivalía a más de 100,000 millones de dólares.

En esa forma, los Estados Unidos se encuentran hoy confirmados en su papel de paladín del capitalismo como forma de vida para el planeta. Pero el capitalismo tiene varias caras. La más benigna la presenta en países europeos y en algunos de la Latinoamérica, aunque es indiscutible su naturaleza rapaz y devoradora, expansionista, destructora del hombre y de los recursos de vida del planeta. Es sobre todo indiscutible su naturaleza belicista. Su crecimiento pareciera ir aparejado a la muerte y la destrucción, con guerras que han costado millones de vidas humanas. Dos de ellas de orden mundial, que colocan al planeta como a la antigua Cartago, cuyo tercer enfrentamiento con Roma no sobreviviría, como lo señaló Bertolt Brecht comparándola a la Alemania del final de la Segunda Guerra Mundial. Evidentemente, en países como Guatemala, no hemos conocido nunca un capitalismo acompañado de bienestar económico y formas democráticas de vida, el frustrado sueño de Arbenz. Entre nosotros ha mostrado siempre su cara más tenebrosa, una realidad económica y social que más se parece a los tiempos del capitalismo europeo de los siglos XVIII y XIX, cuya miseria y degradación humana describe magistralmente la novelística de Dickens o Balzac.

Las esperanzas que despertara el sistema socialista se vieron también frustradas, pues se mostró al final, como se le reprochó más de una vez a sus líderes, como una forma más de capitalismo de Estado, más interesado en hacer negocios, en disputarle mercados al adversario, que en construir verdaderamente un nuevo orden social. Eran, además, pésimos estrategas políticos. Según Nikita Krushev, en esa lucha por el control de mercados, en simple forcejeo económico, en dos décadas la URSS habría superado a los Estados Unidos en su calidad de potencia. Y las cosas resultaron al revés. El nuevo sistema pecaba sobre todo de las conocidas, viejas taras y arbitrariedades del capitalismo. Producto de una revolución netamente popular como la bolchevique de 1917 o contando con el apoyo y participación del pueblo en los países del Este de Europa, las metas socialistas populares habían sido finalmente abandonadas por sus dirigentes, convirtiéndose ellos mismos en un grupo más detentor y beneficiario del poder. Con miras igualmente expansionistas a la de cualquier imperio del pasado o del presente. Desde luego, en esa forma no podían pasar la prueba de la historia en cuanto al orden social igualitario, por el que lucha la humanidad de siglos atrás, y al que Mario Payeras y Ernesto “Che” Guevara, al igual que miles de hombres de nuestra tierra y el mundo, le dedicaron su obra intelectual y vida de revolucionarios.

EL LEGADO DEL “CHE” GUEVARA

El “Che” no aceptó los tutelajes estadounidenses, como tampoco aceptó los de un bloque autoritario socialista. Como en la mayor parte del mundo, entre el pueblo y la juventud de los países del este, la Revolución Cubana y sus líderes fueron vistos de inmediato con gran simpatía y admiración. Sin embargo, la Revolución Cubana había tomado por sorpresa a los dirigentes del campo socialista y después de la crisis de los misiles fue vista hasta con desconfianza, en especial por su actitud de no plegarse a su mandato. Además, porque exigía el cumplimiento del deber de la solidaridad frente a la lucha de liberación de otros pueblos explotados, tal y como lo hizo el “Che” con su participación directa en la liberación del pueblo congolés entre 1965 y 1966. Se trataba de un sistema socialista más interesado en comerciar con el adversario, en mantener el principio de la coexistencia pacífica con un país que agredía mortalmente a Cuba. Que nada daba a cambio de nada, pues, toda “ayuda” estuvo siempre calculada “a precios de mercado mundial”.

El “Che” se dio cuenta plenamente de la verdadera naturaleza de los gobiernos socialistas, comprobó que el “socialismo” ahí construido no correspondía a los ideales de Marx y Engels y lo denunció en varias oportunidades. Constató también el desinterés por la lucha revolucionaria de los pueblos bajo sistemas dictatoriales y sujetos a la dependencia imperialista, y que

las armas que se daban para combatir a las tiranías no eran concedidas en solidaridad, sino vendidas por los gobiernos socialistas con el pago de moneda fuerte. Ese desinterés e indiferencia frente a otros pueblos en lucha los vivió en carne propia. A mediados de 1967, enfrentando a los rigores y penalidades de construir un movimiento guerrillero en Bolivia que se extendiera después a todo el continente, fue descalificado de inmediato por el partido comunista checo con el señalamiento de anarquista, de ser un nuevo Bakunin.²⁷ La reserva del “Che” frente a los gobiernos socialistas la ilustra claramente la extrema secretividad como organizó, a finales de 1966, su traslado de Checoslovaquia a Bolivia, ante los fuertes temores de ser delatado a la CIA.²⁸

En la propia Cuba el “Che” denunció tales tendencias aberrantes en la construcción del socialismo, combatiendo el burocratismo y la función sumisa de satélites que asumían frente al Estado antiguas organizaciones sociales de lucha, como era el caso de los sindicatos. En la búsqueda de la construcción del hombre nuevo del socialismo, el “Che” antepuso al estímulo material, predominante en los países del este, la actitud ética, el compromiso moral como motor esencial de la nueva sociedad. Para terminar con el atraso económico, promovió la industrialización que debía romper el círculo vicioso del monocultivo del azúcar. Una lucha a veces quijotesca, con el apoyo de un aliado estricto en los términos del intercambio y la “ayuda”, pero cuyo propio desarrollo económico y tecnológico dejaba mucho que desear, no proporcionaba las bases materiales eficientes, rápidas y necesarias para impulsar la anhelada industrialización que rompiera el cerco de la dependencia externa.

Así, con el fracaso del proyecto del socialismo real, el predominio del capitalismo y su principio de la competencia bárbara por la sobrevivencia del más fuerte, la humanidad pareciera encontrarse todavía en la prehistoria de sus más caras y verdaderas realizaciones. Y en esa lucha secular de la humanidad por encontrar caminos para llegar a formas dignas de realización del hombre, en convivencia y respeto mutuo, se encuentra una de las motivaciones del “Che” de hacer la revolución latinoamericana, que es donde se enmarca la última etapa de su vida. Encabezada por él mismo desde Bolivia en 1967, país entonces bajo la dictadura del general Barrientos, la meta era convertir a la cordillera de Los Andes en la Sierra Maestra revolucionaria del continente. Crear con ello, si fuere necesario, uno, dos, tres, muchos Vietnams contra el imperio. Pues Vietnam era el ejemplo de la lucha anticolonialista de los pueblos, había derrotado a los franceses en 1954 y, al momento de la muerte del

²⁷ La abominación de los checos la registró el “Che” Guevara en su diario de campaña en Bolivia, el 25 de julio de 1967. Guevara, *Obras*, tomo I, pág. 583.

²⁸ Taibo II, *Ernesto Guevara*, pág. 611.

“Che”, resistía heroicamente la intervención estadounidense. El “Che” ya no lo viviría, pero en 1973 el pueblo vietnamita obligaría al agresor a firmar la paz. La posible vietnamización del conflicto social latinoamericano había sido uno de los temores de los Estados Unidos desde el triunfo de la Revolución Cubana y fue motivo central para la implantación de la “Alianza para el Progreso”. De ahí la enorme cacería que montó la CIA contra el “Che” Guevara en Bolivia para frenar el peligro de la temida vietnamización latinoamericana.

La revolución latinoamericana la vio el “Che” como último paso para enfrentar una situación de atraso y dependencia que venía de siglos y que parecía perpetuarse. Y la realidad que se vivía, no muy diferente a la actual, parecía darle la razón. El planteamiento de la revolución se tomó como hecho necesario e ineludible para terminar con la miseria secular en la que se encontraban sumergidas inmensas masas de la población a lo largo del continente. La lucha iba dirigida contra los regímenes dictatoriales que, como en la primera mitad del siglo y con el mismo apoyo estadounidense, ahora bajo el signo de la “doctrina de la seguridad nacional” controlaban el poder en la mayor parte de países. En el trasfondo de su actuar contra el imperio, se encontraba la misma preocupación de Simón Bolívar de 1827, cuando organizó el Congreso de Panamá como respuesta a la política hegemónica planteada por el presidente Monroe, hegemónico que con mayor razón preocupó a Martí a finales del siglo.

En la carta de despedida a sus padres de 1965, al abandonar Cuba para incorporarse a la lucha de liberación del Congo, el “Che” se autodenominó un “pequeño *condottiere* [líder] del siglo XX”. Sin embargo, acto y figura se avienen más a los de un Quijote de nuestro tiempo, como él mismo se describe en la nota de despedida, cuando dice sentir de nuevo el “costillar de Rocinante”. Pero la salida del “Che” era, sobre todo, un acto quijotesco en el más puro internacionalismo proletario planteado por Marx y Engels en el Manifiesto Comunista de 1848. Era práctica de un internacionalismo proletario ejemplo de solidaridad y desprendimiento, tal y como lo había mostrado la relativamente reciente Guerra Civil Española de 1936. Su salida era para cambiar, enderezar un mundo torcido de tanta alienación y superficialidad, pleno de injusticias. Salía a combatir contra un mundo repartido en zonas de influencia y bloques de poder, dividido entre ricos y pobres, blancos y negros, entre norte y sur, desarrollado y subdesarrollado, un Primer y Tercer mundo, etc.

En concordancia con sus ideales de lucha por una sociedad más humana y justa, el “Che” fue en el pleno sentido de la palabra un humanista. En su mochila de guerrillero en la Sierra Maestra llevó siempre consigo, a la par del material bélico, poesía de Rubén Darío, José Martí y alguna biografía de Emil Ludwig. Sus captores de Bolivia encontraron similar literatura, así como

un cuaderno donde había transcrito poemas de Neruda, León Felipe, Nicolás Guillén. Un saber vivir y morir de acuerdo a los ideales, en ello el “Che” es también un ejemplo. Al final, derrotado y vejado por sus enemigos, pudo haber tenido la impresión del sin sentido, un haber fracasado, un sentimiento puramente humano, que arrancó también de Bolívar en su lecho de muerte la afirmación de haber “arado en el mar”. Hombre cabal y extraordinario, el “Che” no se dejó amilanar por la vileza de sus verdugos. Prisionero en una escuelita de un recóndito lugar de Bolivia, en una de sus últimas conversaciones se refirió al estado lamentable de la educación en ese país, orgulloso al respecto sobre el caso diferente de Cuba. Se refirió también a la necesidad y a la inmortalidad de la revolución latinoamericana. Se había aventurado en una lucha por la liberación del hombre, donde momentáneamente —de eso estuvo siempre consciente— se podía ganar o perder. En un momento fatal, él y su pequeño grupo nibelungo se vieron abandonados de todo y por todos, con el resultado del fracaso de la empresa y de su muerte. Y, a partir de ello, el orden establecido trata también de presentar el acto del “Che” como el de un fracasado, si mucho el de un idealista, cuando no como el de un maleante. Presentarlo como un fracasado es una forma de descalificarlo, de quitarle su fuerza de ejemplo moral y de evitar la trascendencia histórica.

El batallar del “Che” no fue evidentemente acto estéril. La actitud que asumió es un planteamiento de cara a las obligaciones que tenemos frente a nuestras vidas y nuestra época, nuestra responsabilidad sobre el tipo de futuro que estamos construyendo hoy. Una llamada de atención sobre la gravedad de la situación que compartimos, ante la cual permanecemos indiferentes, conviviendo con un mundo tenebroso, injusto y destructivo del hombre, evadiendo la confrontación con los problemas básicos de nuestro tiempo. Un recordatorio para aprender a vivir con dignidad de hombre libre, en países libres, sin tutelajes vergonzosos y con verdadera justicia social. Ignacio Taibo, probablemente su principal y mejor biógrafo, llamó al “Che” “el Cristo laico de nuestro tiempo”. Mario Payeras, comentando “La muerte de un personaje”, obra musical que le dedicara el maestro Jorge Sarmientos en 1970, escribe sobre el significado de su vida resaltando la trascendencia de su muerte: “Una ceiba milenaria, en cuya inmensa memoria se hubieran acumulado millones de mariposas, no pesaría tanto sobre el mundo como este hombre abatido en el ojo solitario de su propia tempestad”.²⁹

Como se dijo, el “Che” es una personalidad de nuestro tiempo ampliamente conocida, pero igualmente distorsionada. Con las líneas anteriores no se pretende abordar la historia latinoamericana de las últimas décadas en

²⁹ Mario Payeras, “Fantasía orquestal con pájaros fosforescentes”, manuscrito inédito, 1995.

toda su complejidad, sino brindar un bosquejo que ayude a entender el pensamiento y batallar político del “Che”. También para rescatar un poco la memoria histórica de Guatemala, pues es evidente todo un intento de distorsión, de negación de las verdaderas causas y circunstancias en que ha transcurrido nuestra dramática y aberrante historia reciente. Y así, a toda una generación de guatemaltecos se le está quitando o negando su pasado, permaneciendo huérfana de su verdadera historia. Un total absurdo, pues, se escamotea el presente de sus raíces en toda su riqueza y complejidad, perdiéndose la oportunidad de transformarlo para hacerlo digno de vivir.

Por otro lado, el propio capitalismo se ha encargado de dar a conocer la imagen del “Che” hasta en el último confín del mundo, pues lo volvió pieza de consumo, artículo de venta. Es otra de las formas como el sistema establecido busca quitarle valor a su gesta. Sin embargo, mientras no dejen de existir las circunstancias que lo llevaron a él y a muchos otros a tomar el camino de las armas, seguirá siendo para el sistema una peligrosa amenaza, pues su pensamiento y ejemplo mantendrán vigencia. En contra de todos sus detractores, la gesta del “Che” permanece como una de las más ricas y vivas tradiciones de nuestro continente. De lucha contra la subyugación externa y por un desarrollo social que beneficie a todos por igual, como está viva la gesta de Hidalgo, San Martín, Bolívar y Martí. Una actitud vinculada a nuestras propias raíces que toca una profunda herida de ayer y de hoy: la necesidad de un desarrollo verdaderamente humano, en un mundo sin injusticia social y con el pleno derecho a la autodeterminación como países libres y soberanos. Un mundo donde, como lo proclamaran tanto el “Che” como Allende, los únicos privilegiados serían los niños.

EL LEGADO DE PAYERAS

En ese contexto latinoamericano y guatemalteco de la segunda mitad del siglo se enmarcan la obra y vida política del “Che” Guevara y Mario Payeras. Fue la época en que una generación de guatemaltecos quiso borrar la afrenta de 1954, hombres plenamente conscientes de la necesidad del cambio estructural, de efectuar la siempre postergada reforma, para lo cual la Revolución Cubana mostraba no sólo que era posible, sino que también señalaba el camino. De esta generación de hombres guatemaltecos son representativos Mario Payeras, Otto René Castillo y tantos otros que dejaron su vida a la largo de los últimos años.

Poco a poco, va llegando a su fin una de las generaciones más brillantes y dignas de intelectuales y políticos guatemaltecos que dieron el salto a un intelectual nuevo, autores de la Revolución de Octubre o producto suyo y de su atmósfera de creatividad y libertad, la que los comprometió con la lucha por construir un nuevo país. Hasta entonces, la mayor parte de intelectuales

y políticos le hacia el juego al sistema, se entronizaban en sus espacios burocráticos y desde ahí hicieron su trabajo. Las excepciones, por su obra intelectual y actitud ética son, entre otros, hombres como Rafael Arévalo Martínez, César Brañas o Adrián Recinos. El resto, se sometería por lo regular al plato de lentejas que le daba el sistema oligárquico para que sirviera a sus fines, dedicándole su labor intelectual o callando sobre sus lacras e iniquidades. Brañas, que la vivió en carne propia, señaló esa época como de una “estrechez ahogante”, donde al escritor sólo le quedaban dos caminos “el que no emigra, calla o cae, es decir, adula”.³⁰

Brañas escribía en 1928 en referencia particular a la dictadura de Estrada Cabrera, cuyo fin en 1920 calificó de una “vasta resonancia” política, a la que le debía seguir “el cambio social en que, como entonces, todos los guatemaltecos habremos de participar, directa o tangencialmente”.³¹ También bajo el impacto del régimen de Estrada Cabrera, por esos años Miguel Ángel Asturias se ocupaba en concluir *El señor presidente*, novela que se convertiría en el retrato clásico de la dictadura latinoamericana. Un año después, en 1929, el capitalismo mundial vivía su primera gran crisis, aportando los elementos finales para una nueva dictadura en Guatemala. Vendrían los 14 años del régimen de Ubico y Asturias dejó sin publicar su novela hasta 1946. Brañas percibió ya la sombra amenazante de la dictadura ubiquista³² pero, al mismo tiempo esperanzado, presagió la Revolución de Octubre como el momento que permitiría la realización del país y sus valores intelectuales:

Hay también en nuestra generación, como en todas, seguramente una posibilidad infinita de valores virtuales, de alcances desconocidos para nosotros, que un día pudieron surgir a vida cual frutos imprevistos. Esos valores, que duermen en la subconsciencia del momento saldrán a la luz sin duda cuando el país sufra esa conmoción que, todos los que vivimos afectados a las palpitaciones del tiempo, sabemos que ha de llegar para Guatemala.³³

³⁰ César Brañas, “Confines y problemas de la generación literaria del novecientos veinte”, artículo publicado en *El Imparcial* (26, 29 y 31 de octubre de 1928).

³¹ Brañas, “Confines y problemas”, en *El Imparcial* (27 de octubre de 1928).

³² “Una nueva tiranía, sin duda más peligrosa porque tenía atrás el ejemplo tremendo de Estrada Cabrera, se levanta. No está aun determinada, aun tiene súbitas timideces, pero el germen maldito se agita, vive, amenaza”. Brañas, “Confines y problemas”, en *El Imparcial* (26 de octubre de 1928).

³³ Brañas, “Confines y problemas”, en *El Imparcial* (27 de octubre de 1928).



© Julio C. Pinto Soria

INTELECTUALES GUATEMALTECOS CON MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS (al centro) y MARIO PAYERAS (a su izquierda). Alemania del Este, primavera de 1965.

Payeras sería uno de esos intelectuales que auguraba Brañas. Nacido con el Octubre revolucionario y defensor de sus ideales hasta la muerte, sigue siendo en muchos aspectos un desconocido para los guatemaltecos. Esto por las señaladas circunstancias de su vida clandestina y por la ignorancia general que predomina sobre nuestros valores, pero también por los sectarismos todavía prevalecientes, las ambivalencias y recelos de antiguos compañeros de lucha. Sin embargo, independientemente de su quehacer político, la obra intelectual y poética de Payeras es valiosa por sí misma, y lo coloca entre los valores contemporáneos de Guatemala.

Agregamos aquí algunos datos sobre Payeras que ayudan a bosquejar su vida, en atención al lector menos informado. Nació en Chimaltenango en 1940 y falleció en 1995, durante su exilio en México. Entre 1964 y finales de 1967 realizó estudios de filosofía en Alemania, los que había iniciado años antes en México y continuado en Rumania. En esos años se había iniciado seriamente en su obra literaria, en cierta forma, con el beneplácito y apoyo de Asturias. A finales de 1967 interrumpe su estancia en Alemania para incorporarse a la lucha revolucionaria de Guatemala, siendo uno de los fundadores del Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) en 1972. De esa fecha a 1982, fue uno de sus principales dirigentes, abandonando dicha organización en 1984 en la búsqueda de otros derroteros políticos que ayudaran a encontrarle una salida a la problemática nacional guatemalteca. Se apartó del EGP, pero no del batallar por construir una Guatemala mejor.

La mayor parte de sus concepciones políticas las dejó plasmadas en “Opinión política”,³⁴ órgano divulgativo de *Octubre Revolucionario*, la organización que fundó en 1984 para plantear nuevas formas de lucha, consciente de que la compleja problemática nacional exigía, además de los métodos del cuestionamiento armado, la incorporación de otras alternativas y actores políticos. Exiliado en México, mantuvo hasta su muerte preocupación constante por el desenvolvimiento de la crisis guatemalteca y tomó parte en el debate desde los espacios de la prensa escrita. A finales de 1994, en los días de la conmemoración de la Revolución de Octubre, hizo el intento de retornar a la patria, pero se lo impidió la intransigencia del gobierno de Ramiro de León Carpio. Los últimos años fueron probablemente los más intensos de su actividad intelectual. En 1983 escribió *El trueno en la ciudad*,³⁵ donde recoge la experiencia guerrillera urbana de los años 1980–1981, con el ánimo de rescatarla como gesta histórica, pero también en función del aprendizaje, de la crítica y la autocrítica política. En medio de su batallar guerrillero, antes ya había encontrado el tiempo para dedicarse a la labor que probablemente más amó: las letras. Así escribió, en 1979, *Los días de la selva*,³⁶ sobre la formación e inicio de los frentes guerrilleros en el noroccidente guatemalteco en la década de 1970, obra que mereció el Premio Casa de las Américas de 1980. En esos años de la selva escribió también buena parte de su poesía, publicada después como *Poemas de la zona reyna*.³⁷

Es difícil decir qué pesó más en Payeras, si la literatura, la filosofía o la política. Probablemente se trataba en él de campos inseparables. Su obra literaria y poética refleja lo mucho que había permanecido en él la sensibilidad de un niño, la capacidad del asombro ante la magia de los hechos de la vida, se tratara del paso del cometa Kohoutek visto en su trajinar de guerrillero desde las montañas del occidente guatemalteco, o de un azacuán extraviado de su ruta y derribado por una tormenta de granizo. El asombro y la perplejidad ante las maravillas de la vida los dejó plasmados en un bello libro de cuentos.³⁸ Hombre de decisiones, como el legendario *comandante Benedicto*, uno de los principales dirigentes de la guerrilla guatemalteca, Payeras evi-

³⁴ Los escritos de “Opinión política” se encuentran principalmente en Mario Payeras, *Los fusiles de octubre* (México: Juan Pablos Editor, 1991).

³⁵ Mario Payeras, *El trueno en la ciudad: episodios de la lucha armada urbana de 1981 en Guatemala* (México: Juan Pablos Editor, 1987).

³⁶ Mario Payeras, *Los días de la selva* (La Habana: Casa de las Américas, 1980).

³⁷ Mario Payeras, *Poemas de la zona Reyna* (Guatemala: Artemis y Edinter, 1997).

³⁸ Mario Payeras, *El mundo como flor y como invento* (México: Jordi Boldó i Climent, editores, 1987).

dentamente no permaneció en la contemplación de los hechos. Filósofo por vocación y formación, los enigmas de la naturaleza y del hombre los trató de entender a través del estudio profundo y la reflexión crítica, guiado por el pensamiento de Marx de que no se trata simplemente de entender el mundo, sino de transformarlo, un afán con pleno sentido en países como Guatemala. En ese interés le dedicó su atención a la ecología, en su obra *La latitud de la flor y el granizo*, donde desentraña la destrucción del medio ambiente guatemalteco a partir de la conquista española.³⁹ En el mismo espíritu escribió varios trabajos sobre el mundo del trópico, sobre las reservas boscosas del Petén. Su aporte para entender la problemática étnica es también decisivo, tuvo la oportunidad de confrontarla desde su práctica política de guerrillero, y a partir de allí entendió que la futura nación guatemalteca sólo tendrá legitimidad y alcanzará su mayor riqueza histórica y cultural, en la medida que el indígena sea parte igual y activa de ella.⁴⁰

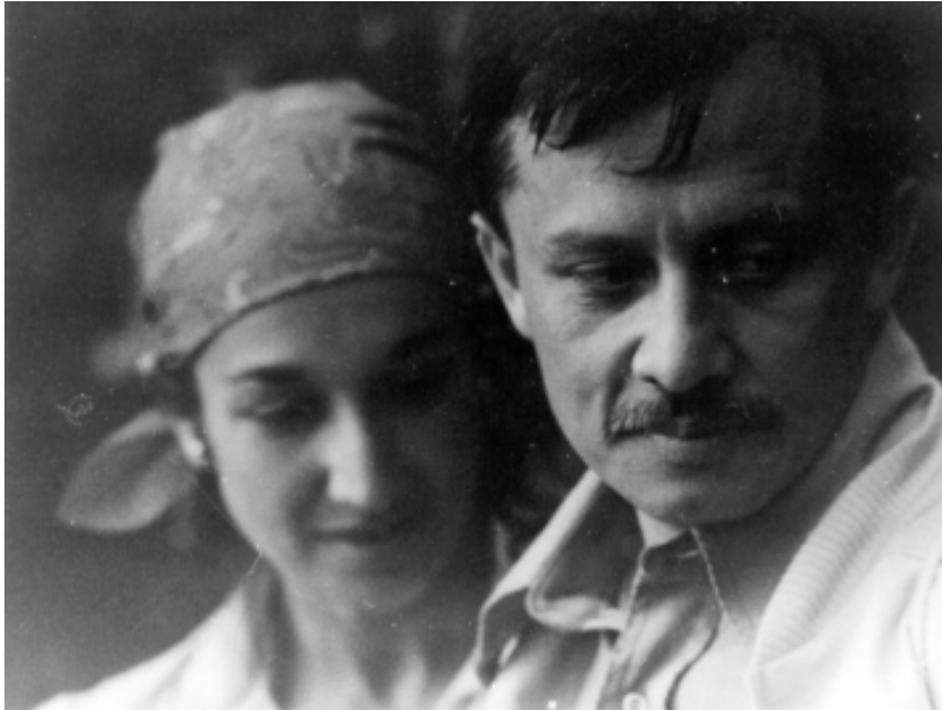


© Yolanda Colom

MARIO PAYERAS Y YOLANDA COLOM al terminar la escritura de *Los días de la selva*, cuatro meses después de haber salido de la montaña.

³⁹ Mario Payeras, *Latitud de la flor y el granizo y otros escritos sobre el medio ambiente mesoamericano* (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas: Consejo Estatal de Fomento a la Investigación y Difusión de la Cultura, Instituto Chiapaneco de Cultura, 1993).

⁴⁰ Mario Payeras, *Los pueblos indígenas y la revolución guatemalteca: ensayos éticos, 1982-1992* (Guatemala: Luna y Sol, 1997).



© Yolanda Colom

MARIO PAYERAS Y SU COMPAÑERA YOLANDA COLOM
en los alrededores de la Ciudad de Guatemala, en 1981.



© Yolanda Colom

MARIO PAYERAS (centro), SU EDITORA (izquierda) Y SU COMPAÑERA
Querétaro, México, octubre de 1994

Toda esa riqueza de la obra de Payeras permanece todavía dispersa en revistas y entrevistas o como obra inédita, la cual su compañera Yolanda Colom está rescatando y preparando para su edición. Ella recoge su inquieta y fructífera vida política, sus grandes logros en el campo de la literatura, la poesía y la filosofía, lo que lo coloca indiscutiblemente entre los grandes valores de la Guatemala contemporánea.